

Estas palabras me tranquilizaron completamente, y cuando me despedí del Conde en casa de mi abuela, creo que respondí débilmente á la ternura con que él estrechó mi mano.

Sandoval me condujo á mi casa hablándome durante el camino de la belleza de Eduardo, de su elegancia y del extraordinario partido que tenía con las mujeres.

## VIII.

## UN TRAJE Y UNA CARTA.

Cuando llegué, Felicia, que estaba bordando á la luz de su pequeña lámpara, se levantó y vino á abrazarme.

— ¡Dios mio! exclamé al verla: ¿qué tienes, aya? ¡Qué pálida estás!

— No estoy buena, hija mia, respondió.

— ¿Por qué no has hecho avisar á un médico?

— ¡Oh, no, no es para tanto! me dijo sonriendo: sólo es un ligero dolor de cabeza; pero vamos, y se recogerá usted; á su edad se necesita dormir bien, y mañana, segun he oido, se acostará V. muy tarde, como hoy, porque va al baile de la Embajada; decididamente el mundo la ha cogido entre sus garras, añadió con su triste sonrisa, y ya no la soltará.

— ¿Y que mal hay en eso?

— Ninguno, porque en él será feliz ahora; cuando empiece á herirla la hiel de los desengaños, V. misma se retirará.

Este lenguaje me indignó; me parecia Felicia un sér insoportable, atento sólo á decirme todo lo que pudiera hacerme sufrir, en venganza de que mi nuevo método de vida la separaba de mi lado.

Sin responderle, pasé á mi tocador para desnudarme: ella me siguió.

— ¿Dónde está Justina? le pregunté.

Como iba adelantando mucho la noche, y la pobre muchacha madruga, la hice acostar.

— Otra vez, dije con enojo, te suplico, aya mia, que cuides ménos de la comodidad de mi camarera, y un poco más de la mia.

— Yo ayudaré á V. á desnudarse, querida Valeria.

— Mil gracias, respondí secamente.

— ¿No sabré hacerlo tan bien como Justina?

— Sin duda; pero no quiero que te molestes, y te suplico que te vayas á acostar; me desnudaré sola.

Mi aya me miró dolorosamente, y luégo me dijo con voz ahogada por las lágrimas:

— Buenas noches, señorita.

Conocí que lloraba y tuve impulsos de correr á sus brazos; pero me dije que con un poco de firmeza me libraria de sus predicciones, y hasta de sus cuidados, que ya se me iban haciendo insoportables, y la dejé salir.

No hallé en mi lecho tranquilidad ni reposo; como mi padre me habia dicho «hasta luégo» al oírle entrar tuve intencion de levantarme y de salir á su encuentro.

Pero luégo me dije que quizá desearia recogerse, y no me atreví á incomodarle.

Por más que hice, no me fué posible conciliar el sueño

hasta cerca de la aurora; veía el baile de la Embajada, y me veía bailar con el Conde al compás de uno de esos deliciosos vales de Strauss, tan cadenciosos y tan dulces; y luego, por una extraña repercusión del pensamiento, retrocedía éste, y veía á mi aya bañada en lágrimas, echándome en cara mi ingratitud.

Cerca del amanecer pude conciliar el sueño, y me desperté á las diez; tiré del cordón de la campanilla, y entró mi doncella Justina.

—Señorita, me dijo: el señor Conde desea ver á V. y la espera en su habitacion, así que se desayune.

Sorbí apresuradamente una taza de té y corrí al cuarto de mi padre.

—Hija mia, me dijo: contaba haber podido hablarte anoche; pero volví á casa más tarde de lo que creía; así es que hoy he esperado, sin salir, á que te levántaras; escúchame con atención: el Conde de Rio-Claro me va á pedir tu mano.

Yo bajé los ojos ruborizada y confusa.

—¿No te agrada para esposo tuyo? dijo mi padre, que perdió el color: ¿no le amas? Yo no quiero ocultarte que es el esposo que te elegiría entre todos los jóvenes que conozco, y que seré feliz si te casas con él.

—Entonces, padre mio, dije yo con un acento que rebosaba alegría, yo me casaré contenta con él.

—¿Pero contenta? Porque, hija mia, no quiero que hagas por mí el sacrificio de tu corazón; y sólo se tratará de este casamiento, cuando me asegures que tu gusto está de acuerdo con el mio.

—Lo está, mi querido papá.

—¿De verás? ¿No me engañas?

—¡No, papá mio!

—¡Valeria, exclamó mi padre con un arranque que me sorprendió, hoy te debo más que la vida!

Habia visto siempre tan frio á mi padre, que su vehemencia en aquella ocasion me dejó asombrada.

Él lo conoció así; procuró dominarse y añadió:

—Te digo esto porque accedes á ser dichosa al casarte con el Conde; habia temido que rehusáras este excelente partido, porque por la primera vez estoy de acuerdo con los deseos de tu abuela en este particular; ahora, hija mia, retírate, para que prepares tu traje y tu tocado; esta noche es tu aparicion oficial en el mundo, en el que es preciso que te presentes deslumbradora.

Mi padre me besó en la frente, y yo me retiré aturdida con la felicidad que se me presentaba.

Así que llegué á mi cuarto y me senté, entró Justina trayendo una gran caja de carton y sobre ella una bandejita de plata con una carta.

Dejó la primera sobre una silla y me presentó la otra.

—Esto es, dijo señalando á la caja, el traje que envía á la señorita su mamá para que se lo ponga esta noche. ¡Oh, qué lindo debe ser!

—¿Y esta carta, de dónde viene? pregunté á mi doncella.

—Yo no lo sé, señorita; la ha traído un criado sin librea.

—¿Y no ha dicho quién le envía?

—No, señora. Pedro le abrió y se la entregó diciendo: «Para la señorita Valeria»; en seguida se marchó.

—Luego la leeré, dije guardando la carta en el bolsillo de mi bata: ahora veamos el traje.

Justina, trémula de curiosidad, descubrió la caja, y yo tomé con la punta de los dedos un traje blanco que parecía fabricado de la espuma del mar.

Era de gasa, tan fina y trasparente, que se hubiera dicho que iba á desvanecerse con el aliento, y estaba salpicado de pequeños lunares de plata brillantada; la falda estaba recogida á los lados sobre otra de seda blanca, por medio de plantas acuáticas de largas hojas arrasadas, semejantes á cintas de un verdor lustroso.

Habia flores iguales para el pecho, los hombros y los cabellos.

Veíase en aquel traje algo de fantástico y á la par de sencillo y de brillante, de modesto y de rico, de deslumbrador y de virginal; tenía, en una palabra, algo de fascinador, como elegido por Sandoval.

El blanco deslumbrante de la gasa bordada de plata, con el blanco pálido de las flores del nenúfar, rodeadas de largas hojas verdes, hacía un contraste tan nuevo y tan delicioso, que, á pesar de mi inexperiencia, comprendí que si habia vestidos más ricos, no habria ninguno que tanto llamase la atención general.

El collar se componia de innumerables sartas de perlas finas, muy pequeñas, que rodeaban el cuello y llenaban el escote con un rico y delicioso adorno.

Al ver aquel traje, Justina y yo nos miramos sin acertar á decir una palabra.

—¡Dios mio, exclamó, qué cosa tan divina, señorita!

¡Qué bella va V. á estar con él! ¡Para V. van á ser las miradas de todos!

Justina tenía que hacer, y me dejó sumergida en mi admiración.

Después de haber mirado hasta tres ó cuatro veces mi traje de baile, recordé la carta que tenía en el bolsillo, la saqué y la abrí; decia lo que sigue:

«Señorita: va V. á ser la víctima de la más inicua de las tramas: el Conde de Rio-Claro se casa con V. arruinado por sus desórdenes, y él y Sandoval disiparán sin duda la inmensa fortuna de V. en el sibaritismo de todos los placeres, porque el esposo de su abuela es el rey de los libertinos, á pesar de tenerle ésta en el más alto concepto.

»Hay además otro móvil para llevar á cabo esta boda; su padre de V. se halla apasionado hasta la locura de la Vizcondesa de Torreñel, y quiere separar de ella al Conde, que durante algun tiempo ha estado en relaciones con la hermosa Gracia; y V., pobre niña, es la víctima de todos esos intereses mezquinos, y la que se verá envuelta en la más horrible desgracia, cuando ya no lo pueda evitar.

»Una amiga es quien avisa á V. compadecida de su juventud é inocencia; una amiga que amó por su desgracia á Rio-Claro, y que sabe por experiencia lo que vale y hasta qué punto es egoísta, ambicioso, inconstante y duro ese hombre que se envuelve bajo las más seductoras apariencias.

»Valor ahora, Valeria, para que no tenga que llorar después.

»Sea V. fuerte para sí misma, y mande callar á su corazon, que sin duda se hallará ya interesado por el Conde; no es digno de V., y lloraria amargamente su horrible esclavitud algun dia.»

La carta no tenía firma.

Yo quedé, al leerla, muda, pálida, inmóvil: pero poco tardé en reirme á carcajadas; todo lo que se me decia en ella me parecia absurdo y necio.

¡Mi padre interesado en quitar su amante á Gracia!

¡Eduardo amante de aquélla!

¡Sandoval ambicionando mi fortuna!

¡Rio-Claro arruinado!

Hice la carta una bola, arrugándola maquinalmente entre mis dedos, y la arrojé en uno de los cajones de mi escritorio.

Despues empecé á hacer mis preparativos para el baile de la Embajada.

## IX.

### LA BODA.

Hubiérase dicho que, al penetrar yo en el salon, entraba en él un rayo de luz.

Le atravesé del brazo del Embajador, que se hallaba á la puerta, y que me llevó á su esposa, la que me acogió con la más tierna benevolencia, presentándome oficialmente á algunos de sus amigos que la rodeaban.

Detrás de la Embajadora se hallaba una bella jóven,

que contaria un año más que yo, á la que me presentó tambien, diciéndome:

—Mi hija Federica, que se honrará mucho con ser amiga de usted.

Al otro lado de la Embajadora se hallaba Rio-Claro.

Jamas olvidaré la mirada de orgullo y de amor que me dirigió.

A mi espalda se oia un murmullo de mil voces que exclamaban con acento contenido:

—¡Qué encantadora criatura!

—¡Qué elegancia, qué distincion, qué maneras!

—¡Qué cabellos, qué talle!

—¡Y tan rica!

En tanto que mi abuela era saludada y colocada por la Embajadora, yo me atreví á alzar los ojos, y vi al frente la bella cabeza de Gracia, deslumbradora de پدرería.

Ella me miró con ternura, y me saludó con una amable sonrisa.

La orquesta tocó un wals, y Eduardo vino á invitarme.

Muchas parejas nos siguieron, pero todos se detenian para vernos pasar arrastrados por el torbellino del baile, elogiando mi figura, mi traje y mi belleza, que verdaderamente sorprendian á todos.

Gracia tambien bailaba, y ella era de las pocas que no se detenian á mirarnos al Conde y á mí.

—Mañana, me dijo Eduardo en voz baja, pediré su mano de V., querida Valeria. ¡Oh, si me la negasen!.....

—¿Qué es lo que sucedería? pregunté yo sonriendo.

—Sería el más desgraciado de los hombres, y tal vez.....

—¿Qué!

—¡Me mataría!

Creo que aquello estaba dicho sinceramente: si no hubiera podido casarse conmigo el Conde, se hubiera dado la muerte, porque se hallaba arruinado.

Cuando la Vizcondesa acabó de bailar, se sentó y nos envió á Eduardo y á mí, no una mirada dulce como la que me habia dedicado al entrar, sino una mirada empapada de ódio y de despecho; una mirada tal, que al verla, me sentí sobrecogida de terror.

—¡Dios mio, exclamé como hablando conmigo misma, la Vizcondesa debe ser quien me ha escrito!

—¿Han escrito á V.? me preguntó el Conde con inquietud.

—Sí, le respondí, una carta llena de acusaciones contra V.; un anónimo que me dirige *una amiga*.

—¿Se me acusa en ella? Entónces la ha escrito la Vizcondesa; amiga mia, prosiguió Eduardo, durante algunos meses me he dedicado algun tanto á Gracia: ella tomó mis galanterías por lo serio, y concibió hácia mí una pasión que en vano he procurado apagar; ahora ya sabe V. lo que ha dictado esa carta: el deseo de romper nuestro enlace; pero si éste no se verifica, lo repito, me mataré.

—No tema V., le dije: yo le amo, y mi padre está dispuesto á concederle mi mano.

Un mes despues se verificó nuestro enlace en el ora-

torio de mi abuela, y mi vida, durante aquel mes, fué una continua embriaguez de felicidad.

Yo amaba con pasión y era amada del mismo modo; cuanto un amante galán, elegante y tierno puede inventar, otro tanto hacía el Conde para probarme la verdad de su pasión.

Cada mañana, al despertarme, hallaba al lado de la almohada un ramo de mis flores predilectas, que mi doncella Justina recibia temprano y colocaba en aquel sitio.

Cada dia entregaba á mi abuela un nuevo regalo para mí.

Parecia, al verme, caer en éxtasis, y sólo empleaba al hablarme las frases más dulces y los dictados más tiernos.

—¡Ah, Dios mio, decia mi abuela con la sinceridad y candidez de su modo de ver las cosas; me habeis concedido lo que os he pedido con tanto fervor: un marido para Valeria como yo comprendo que deben ser los maridos! ¡Gracias, Dios mio, gracias!

Durante aquel mes que tardaron en hacerse las diligencias, se nos dispuso el más rico, espléndido y gracioso nido conyugal que puede imaginarse; mi padre compró para mí un lindo palacio, que alhajaron con cosas bonitas á porfía, aquél, mi abuela, su marido y el Conde.

En tanto que nuestro nido se estuvo disponiendo, cada dia íbamos á pasar una hora en él mi abuela, Eduardo y yo, formando los proyectos más dulces para el porvenir, ó más bien, *soñando* los tres como tres niños.

Cerníame en un lago de ventura tan trasparente y azul, que á veces temía despertar de aquella dulce y perenne embriaguez.

Mi habitacion se adornó del modo más encantador: constaba de una sala con dos gabinetes, uno de los cuales servia de dormitorio, y el otro de habitacion de confianza y de trabajo: sobre las horas que debiamos pasar en aquel gabinete, hacía Eduardo los más risueños proyectos.

Me prometia allí veladas deliciosas, dibujando, leyendo, cantando conmigo al piano y tomando té.

—Y no habrá nadie de fuera, dije yo un dia que hablábamos del asunto: estaremos solos con Felicia.

—¡ Con Felicia! repitió él admirado.

—¡ Sin duda! ¿ No vendrá con nosotros?

—Querida Valeria, me dijo el Conde, la jóven que se casa ya no necesita aya, y el tenerla al lado viviendo con su esposo es ridículo.

—¿ Pero qué hará mi pobre aya?

— Lo que hacen todas. Buscar otra colocacion.

—¿ Y si no la encontrará?

— La encontrará.

— Dí más bien, hija mia, que no tendrá que buscarla, observó mi abueia: le propondré vivir á mi lado para ser mi dama de compañía: y si lo rehusa, le daré una pension que le permita vivir en su casa.

—¡ Ah, mamá mia! exclamé abrazándola: ¡tú siempre la misma, buena y benéfica!

—¿ Para qué nos da Dios la riqueza, hija mia, sino para hacer bien á los que son pobres? Si no pudiera ali-

viar las penas de nuestros semejantes sería para mí lo más despreciable del mundo el dinero.

Aquella misma noche, es decir, dos dias ántes de mi casamiento, al volver yo de casa de mi abuela, me dijo Úrsula, la doncella de mi madrastra, que pasára al cuarto de ésta, pues me estaba esperando.

Magdalena se hallaba recostada en su sillón, y cerca de ella estaba sentada en otro mi aya.

La Condesa me alargó la mano, é hizo lo que acostumbraba desde que era niña; me atrajo á sí, y me besó cariñosamente.

—¿ Es verdad que te casas pasado mañana, Valeria? me preguntó.

—Sí, respondí: y no te lo habia dicho ántes, Magdalena, porque hasta ahora no se habia fijado el dia.

—Pues bien: supongo que no contarás con que tu aya vaya contigo, ¿ es verdad?

—Yo bien contaba con eso, dije poniéndome muy colorada: pero dice el Conde que es de mal tono tener el aya estando ya casada.

—Tiene razon, respondió la Condesa, no es el uso admitido: y así Felicia se quedará á vivir á mi lado.

—Mi mamá Elena quiere tambien que vaya á vivir á su lado como dama de compañía, dije yo: y si no accede, dice que le dará una pension para que viva sola y á su gusto: á esa pension, concluí, no sin ponerme de nuevo muy colorada, añadiré yo otra, querida Felicia.

—Hija mia, dijo la Condesa: da las gracias á tu mamá en nombre de Felicia: ésta se quedará conmigo; porque, ya lo sabes, estoy enferma y triste, y la nece-

sito : en cuanto á la pension que tratas de señalarle.....

—Yo doy gracias por ella á la señorita Valeria, dijo mi aya con voz alterada, pero no la necesito : confieso con orgullo que todo quiero deberlo á la amistad y al afecto de la señora Condesa, á la que amo tambien tjername.

—¿Y á mí no me quieres ya? exclamé yo llorando.

—¡Sí, hija mia! dijo Felicia abrazándome, y mezclando sus lágrimas con las que yo derramaba: yo la amo á V. y la amaré toda mi vida. Ahora es V. muy feliz, y la dicha no necesita de consejos: pero si algun dia sufre, acuérdesese de mí y no dude en consultarme.

—Vamos, basta de llorar, dijo Magdalena: ¿á qué regar las blancas flores de su corona de desposada con el llanto del dolor? No la entristezca V., amiga mia, que demasiadas penas hay en la vida: vé, Valeria; levanta aquel paño de seda azul que hay en aquella mesa, y mira lo que he preparado para tí; es mi regalo de boda, y en él he empleado todos los ahorros de mi pension de alfileres.

Fuí á donde me indicaba, que era á uno de los ángulos de la estancia, donde estaba colocada una mesa de caoba; alcé el tapete y vi cuatro trajes del más delicado gusto, cuatro estuches con otros tantos ricos aderezos, y algunas cajas llenas de encajes de gran precio.

—¡Dios mio, cuánta cosa bonita! exclamé: pero, Magdalena, ¡has debido gastar mucho en todo esto!

—Sí, me respondió con su voz dulce, lenta y triste; he gastado todo lo que tenía : pero ¿qué mejor empleo puede tener que el de adornar la juventud, las ilusiones, la belleza y la dicha? ¡Desgraciadamente, mi querida

niña, conservarás durante poco tiempo tan preciosos é inestimables bienes!

—¿Y tú no te compras nada nuevo para mi boda? le pregunté.

—Yo nada necesito, dijo la Condesa: he ofrecido para toda la vida hábito de los Dolores; en cuanto á tu casamiento, no asistiré tampoco á él, y te ruego, querida Valeria, que no te ofendas por eso; ya ves que es una medida general, y que á ninguna parte voy tampoco; sólo á la iglesia cada dia, y así seguiré, aunque espero que tu vendrás á verme á mí.

—¡Dios mio, tan jóven y sepultarse así en vida!

—Ya te he dicho muchas veces que yo no soy jóven, dijo la Condesa: y luégo, hija mia, así soy dichosa, porque estoy sola con Dios; únicamente él es la verdad eterna; ¡lo demas todo es sueño y mentira!

—¿Hasta el amor?

—El amor sobre todo, querida mia: pero vamos, ya veo que pones la cara triste, y no quiero quitarte lo más precioso que hay en la tierra, ¡las ilusiones! Confía en Dios, y él te dará la dicha que mereces por tu inocencia y tu buen corazon: ahora llama á tu doncella y haz que lleven eso á tu cuarto.

Yo salí con mis regalos, conducidos por mi doncella y otra muchacha, y desnuda ya de mi precioso traje y envuelta en mi bata de noche, me dispuse á examinarlos á mi gusto y á arreglarlos en un gran cofre de sándalo, donde iba poniendo todos mis presentes de boda, que debían ser expuestos en casa de mi abuela el dia en que se verificára.

Este llegó, y yo desde por la mañana dejé mi habitación de soltera, en la que ya no debía volver á entrar por entónces.

Me levanté temprano y en seguida fuí á ver á mi padre, que ya se hallaba también levantado.

—Padre mio, le dije, ¿es cierto que existe la habitación de mi madre cerrada y tal como ella la dejó?

—Sí, me contestó; tal como quedó al sacar de ella su cadáver.

—Yo quisiera la llave: quisiera entrar en ella, para rezar y pedir á mi madre que ruegue á Dios por mí en el nuevo camino que voy á emprender.

Mi padre se levantó, abrió el cajón de su buró y me dió una llave.

—Toma, me dijo: está á la izquierda entrando en el primer salón.

Tomé la llave, y me encaminé con paso trémulo á la habitación de mi madre, en la que jamás había entrado.

Era una sala grande y vestida de un delicioso color rosado: dentro estaba el dormitorio, que era donde había muerto mi madre.

Aquel gabinete, tapizado de seda lila con cuadritos blancos, era mucho más lindo aún que la estancia anterior: pero no puedo dar muchos detalles de él porque embargó completamente mi atención un gran retrato de mi madre, ante el cual caí de rodillas, trémula de emoción.

Representaba la más hermosa jóven que mis ojos han visto jamás, vestida con un peinador de gasa blanca cerrado por lazos color de rosa.

Apénas contaría mi edad cuando se hizo aquel retra-

to; la alegría, la dicha, resplandecían en sus facciones y en sus ojos negros muy grandes y muy rásgados.

Un bosque de cabellos rubios se ensortijaba sobre su frente, blanca como el marfil, y sus labios sonreían con la confianza de un alegre destino.

Tenía una mano apoyada en la cabeza de un gran lebrél que se sentaba á su lado en la actitud del reposo, y se reía gozosa enseñando una doble fila de pequeños y brillantados dientes, que hacían resaltar el coral rosa de sus labios.

Quedé estática al ver la belleza de mi madre: luégo que me resolví á separar mis ojos de la pintura, cayeron sobre otros objetos mucho más tristes.

Aquí y allá se veían los signos de la muerte: algunos ramos de flores marchitos ocupaban los floreros. Sobre un velador estaba aún el bordado que había empezado mi madre y el libro que leía; tomé el volúmen por el sitio donde estaba la señal, y vi que era un ejemplar del *Dante*, escrito en el idioma en que aquel gran poeta hablaba y pensaba.

—¡Oh, Dios! me dije; ¿conque tanta hermosura, tanta riqueza, tanto talento, tanta inteligencia, tanta felicidad, en fin, se han helado bajo el soplo de la muerte! ¡Madre mia! todos los que te amaban, tu madre, tu esposo, te han olvidado para pensar en otros amores, en otros intereses! Sólo tu hija se acuerda de tí, hoy que es el día más dichoso de su vida, y viene á pedirte que le alcances de Dios le conserve la paz y la felicidad!

. . . . .

Recé durante algun tiempo, y salí despues, devolviendo á mi padre la llave.

A poco me dirigí á casa de mi abuela, y por la tarde un sacerdote nos dió la bendicion nupcial, casi sin testigos.

A las nueve de la noche mi abuela y Sandoval nos condujeron á nuestra casa, en la que se hallaban desde por la mañana instalados Justina y algunos criados más.

—¡ Conde! dijo mi abuela á mi esposo al salir: no se olvide V. de que ha jurado hacerla dichosa!

---

## LIBRO TERCERO.

---

### I.

#### LA PRIMERA DECEPCION.

El primer mes que se siguió á mi enlace me parece un sueño: con tal rapidez pasó.

Eduardo me tenía envuelta en una atmósfera de perfumes y de adoracion.

Todavía no se habia arraigado tanto como lo ha estado despues, y lo está hoy, la costumbre de ir á pasar al extranjero la luna de miel, y nosotros permanecimos en Madrid, pues nuestro palacio, situado al fin de la calle de Atocha, tenía un fresco y delicioso jardin.

Ademas, mi esposo tenía, al parecer, tal afan de *lucirme*, por decirlo así, que me llevaba á todas partes y me presentaba á todos sus amigos.

Nos abonamos á la Ópera y á otro teatro de los de verso, y determinamos asistir á algun salon otro dia de la semana.

Quedaban tres para ir á los demas teatros, para estar en casa y recibir á nuestros amigos de más confianza, para ir á casa de mi abuela, y en fin, para amarnos,